

Cuando América descubrió a Europa

Las máquinas del imperio y el reino de Dios

Reflexiones sobre ciencia, tecnología y religión en el mundo atlántico del siglo XVI

MAURICIO NIETO OLARTE

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Bogotá, 2013, 288 págs.

LA HISTORIA de América puede ser tan prodigiosa y desconcertante como el encuentro de Mark Twain con los dos cráneos de Cristóbal Colón exhibidos en un museo de La Habana. Twain concluyó entonces que uno de los cráneos había sido de Colón cuando era niño y el otro cuando era hombre. Pudd'nhead Wilson –o Wilson 'Cabeza-de-pudín'–, el personaje de Twain que hizo del absurdo un estilo y se burló de este mundo a través de su locura, también se atrevió a decir, evocando a Colón, que fue maravilloso descubrir América, “pero hubiera sido aún más maravilloso no descubrirla”.

¿Cómo no encontrarla o, al menos, tropezarse en un barco con ella, cuando estaba ahí antes de que Colón fantaseara con una ruta más breve que lo llevara hacia Oriente y de que el tiempo anunciara que fue un “descubrimiento”, según el que imponga el término de quién descubre a quién, otorgándose el derecho de ver lo que ya existía como si fuera la primera vez?

Una respuesta certera y desmesurada a la historia del encuentro por el que América descubrió a Europa, se revela en una frase que escribió, a mediados del siglo XVI, el cronista español Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias*: “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crio, es el descubrimiento de las Indias”.

A partir de una idea tan rotunda para comprender la empresa náutica que reinventó la extensión del mundo a finales del siglo XV, el historiador de la ciencia que nos descubrió América, Mauricio Nieto Olarte, recorre en *Las máquinas del imperio y el reino de Dios* los alcances marítimos, científicos,

políticos e imperiales de España en un siglo que alargó el horizonte y sus dimensiones, estremeciendo la firmeza de libros como la Biblia cuando sus lectores no lograron encajar la nueva naturaleza que respiraba en América con ilusiones fantásticas como el arca a la que Noé no pudo embarcar jamás, porque no los conocía Dios, animales del Nuevo Mundo tan fabulosos como el armadillo, el manatí, el pingüino o la iguana.

El paisaje americano fue una evidencia en contra de las tradiciones que definían a Europa y confrontaron su mapa con lo que habían trazado hasta el siglo XV los cartógrafos. Se tiene entonces en el siglo XVI otra visión del mundo y la idea de “civilización” es un pretexto para colonizar y domesticar una realidad que desequilibra la armonía de lo establecido.

“Como Adán en el paraíso, los conquistadores cristianos asumieron el derecho, otorgado por Dios y por la Corona, de nombrar o renombrar lugares, animales, plantas e incluso a los habitantes nativos de las Indias occidentales”, escribe Nieto Olarte.

Al inicio del libro, describe los complejos retóricos que cargan con su significado el escenario moral de la historia según palabras polémicas: descubrimiento –“[...] esta noción de descubrimiento supone un proceso unidireccional y asimétrico en el cual América y su población aborigen se reducen a un objeto cuya realidad depende de la proeza de los europeos”–; encuentro –“[...] supone la posibilidad de una narración simétrica en la cual las distintas culturas involucradas son comparables de manera equilibrada”–; genocidio –“[...] Tzvetan Todorov denuncia sin matices la conquista de América como ‘el mayor genocidio de la historia humana’ y no tiene problema en aceptar y defender, con buenas razones, su interés moralista por encima del de una historia neutral”–, prefiriendo la palabra “comprensión” por el sentido que tiene para describir el interés científico que supuso comprender y conocer un lado del mundo, inédito para la investigación, en el que Europa aprendió de América, y América sufrió a Europa, acercándose de forma trágica y también renovadora: “La construcción del Nuevo Mundo es inseparable de la invención de Europa”.

Recordemos el epígrafe de Edmundo O’Gorman en *La invención de América*, en el que una América fantástica escribe su diario íntimo y dice en la entrada del 12 de octubre de 1492: “¡Hasta que, por fin, vino alguien a descubrirme!”. Dicho de otra manera, si Colón narra en el diario de su primer viaje que Rodrigo de Triana fue el primer europeo que avistó la tierra americana, se podría escribir el diario imaginario del nativo americano que vio por primera vez a los españoles y supo que la industria del turismo comenzaba en el Caribe, arruinando la tranquilidad del continente.

Las máquinas del imperio y el reino de Dios es una elaborada argumentación sobre el desarrollo científico que contribuyó a los viajes transatlánticos y sus consecuencias en la comprensión de dos mundos. Debate, como Nieto Olarte los define, anacronismos históricos en los que se refleja otra forma colonial de ver el pasado en el mundo contemporáneo –“[...] una tradición historiográfica propia de la Ilustración europea [afirma que] naciones como España y Portugal parecen no haber hecho contribución científica alguna. Por el contrario, se ha definido el mundo católico como un ámbito claramente hostil frente al progreso de las ciencias”, recordando que una tradición académica niega el papel del mundo ibérico en el nacimiento de la ciencia moderna–. También permite al lector una mirada más precisa para comprender el desarrollo de la cartografía que fue trazando la silueta de América –“[...] es indiscutible que a comienzos del siglo XVI no pudieron existir mapas útiles para cruzar el Atlántico”– o el papel que cumplió la religión, no en clave de superstición para invocar la galería divina en casos de temor o angustia, sino como la creación de personajes tan fundamentales como reales –¡la literatura fantástica vivida como un hecho cotidiano!–, que acompañaban el rumbo de los navegantes.

La descripción de los objetos utilizados para medir el mundo, de los vientos que soplaron las velas de las naves de un continente a otro, de la reglamentación burocrática con la que se ordenó en la Casa de Contratación de Sevilla el tráfico entre España y América, de los oficios que se necesitaban para el buen manejo de los barcos, ofrece una visión

panorámica para sustentar la argumentación de Nieto Olarte con la que defiende el lugar de España y Portugal en términos científicos ante las suspicacias de historiadores no menos eurocentristas que los colonizadores del siglo xvi. Propone un acercamiento más preciso a las condiciones que definieron el viaje de Colón y de aquellos que siguieron tras su ruta, así como observa sin prejuicios los términos culturales del aspecto religioso, sin obviar sus insolencias ideológicas, que envalentonaron con sus presencias fantasmales a quienes recorrieron el laberinto de América, misterioso para España.

Las contribuciones mutuas entre los continentes se pueden comprender con el vaivén de una hamaca:

Pasaron siglos antes de que los barcos fueran espacios de esparcimiento y comodidad. No era un problema que se pudiera resolver con los recursos técnicos del siglo xvi, pero vale la pena mencionar que una de las innovaciones que hizo menos insufrible las travesías transatlánticas provino del Nuevo Mundo: la hamaca. El uso generalizado de este tipo de confección fue una respuesta a los problemas de espacio de las naves europeas.

El hombre aprendió entonces a mirar mejor el cielo con los astrolabios, las ballestillas, las tablas astronómicas; a comprender su destino en el mar con la aguja de marear; a invadir a nombre de una idea imperial un territorio del que se apropió sin preguntarle a sus nativos, así como también aprendió a vivir mejor en la tierra con un hallazgo como la hamaca, tan útil como los objetos estrictamente científicos que aprovecharon España y Portugal para conocer el mundo.

En el último capítulo del libro, “El Nuevo Mundo, la ciencia global y el eurocentrismo”, Nieto Olarte concluye:

Lo que solía ser un mundo desconocido, distinto del *orbis terrarum*, fue integrado al mundo conocido y adoptado por Europa, la cual, a su vez, sufrió una notable transformación en el proceso. El mundo, tal y como lo entendieron los europeos, fue objeto de considerables cambios en la llamada ‘era de los descubrimientos’. El *orbis terrarum*, la morada de la especie humana, dejó de ser la misma en cuanto se renunció a hablar del Nuevo Mun-

do como un nuevo trozo de tierra y se lo empezó a comprender como una nueva cosmología que también trajo consigo la redefinición del Viejo Mundo. Este proceso de comprensión e integración requirió de la construcción de lazos, de puentes entre lo viejo y lo nuevo, de un proceso que fue simultáneamente construcción, integración y subordinación. La representación de la totalidad de la esfera terrestre y la catalogación de la totalidad de sus criaturas, tal y como se quiso construir en el siglo xvi, fue la poderosa expresión de una nueva relación del hombre con el cosmos.

La aventura, que empezó el 3 de agosto de 1492, cuando Colón zarpó de Palos de la Frontera, acompañado por cerca de cien marineros, en tres naves excesivamente pequeñas cuando se visitan sus réplicas ancladas en las orillas del estuario del río Tinto, aún continúa: el eurocentrismo es una condición heredada a los siglos de encuentros y desencuentros entre los dos continentes. Aun así, la aventura del Atlántico en el siglo xvi hizo posible ensanchar la comprensión del mundo y de su geografía, y que un libro como *Las máquinas del imperio y el reino de Dios* fuera escrito como un acto de justicia histórica ante los equívocos impuestos por los colonizadores.

Hugo Chaparro Valderrama